

# Naturaleza y humanidad son sólo valores económicos

EDUARDO MORA CASTELLANO

## Todos, menos el ecologismo "puro", en pos del crecimiento económico

Sólo a cuatro gatos no les ha parecido atinado el acuerdo al que, a mediados de los ochentas, llegaron el movimiento ambientalista, los organismos financieros que cogobiernan la economía y la política mundiales y los Estados más fuertes del mundo -expresados éstos tanto individualmente, como en la ONU, en el G-7 y en otras instancias-: que hay que orientar el planeta por los derroteros del *desarrollo sostenible*. Tal acuerdo en torno a un propósito que no se sustenta en una teoría ni en nada suficientemente coherente pero que no cesa de concitar adhesiones porque ha devenido mito (1), se ha dado en el marco de un conjunto de reacomodamientos y cambios sociales, operados inicialmente en la región norte del planeta, en los años setentas y ochentas -en esa primera década se mostraron sus orígenes y en la segunda maduraron-. Cambios y reacomodamientos (2) como: (a) el nacimiento y crecimiento acelerado de un nuevo movimiento social, el ecologista -ahora trasmutado en ambientalista-; (b) el retroceso del movimiento obrero y sus expresiones partidarias; (c) la pérdida acelerada tanto de la fe en las gestas sociopolíticas para la liberación humana como del poder de atracción de las orientaciones ideológicas "duras"; (d) la contracción paulatina del Estado y el traslado de ciertas funciones a los capitales y a organizaciones sociales independientes, y (e) el paso gradual, en las sociedades más desarrolladas, del orden social disciplinario al

orden por seducción, en el que el Estado es tendencialmente secundario y, para efectos del apuntalamiento del orden, se vuelven centrales la satisfacción individual en el consumo, la libre expresividad a través de canales de comunicación que se multiplican y diversifican crecientemente y el enganche de cada ciudadano, a través de los medios masivos de comunicación, a la trepidante cultura de masas -creada no por ningunos malvados sino por las mismas sociedades desarrolladas revolcándose en el lodo del consumo, merecido premio a su empeño económico y productividad-.

El consenso en cuanto a que hay urgencia de asegurar la sostenibilidad del desarrollo económico se da porque nadie quiere renunciar a las mieles de éste ni en el corto ni en el mediano plazo, y porque hay una obsesión generalizada con él. Y por desarrollo lo que entiende todo el mundo -en desafío al intento de algunos cándidos de dulcificar y poner en clave *progre* la consigna- es crecimiento económico: de la producción, del capital, de los ingresos y del consumo. Nadie ni por broma piensa en una vida personal ni social sin el crecimiento de éstos, o, por lo menos, sin la expectativa de ese crecimiento. Sin crecimiento económico (o *desarrollo*, da lo mismo) la vida no es ya vida, la detención de ese crecimiento es la presentificación de la muerte. La vida hay que producirla, y reproducirla amplificadamente, y es en la esfera económica que encontramos el más fiel y caro espejo de nuestras vidas: o detenidos/muertos o productores/vivos. El *show* debe seguir, pero tiene entonces que ser menos orgiástico y devastador, a riesgo, si no, de acabar con el

teatro, con el público y con los actores: ¡hagámoslo sostenible!

Es cierto que hasta hoy en el seno del ambientalismo, y fuera, han menudeado las críticas al consumismo; también a la fetichización del crecimiento económico; las críticas, asimismo, al crecimiento económico aislado de la consolidación orgánica de toda la economía de la nación; las críticas, además, al crecimiento económico sin distribución de la riqueza producida y sin generalización del bienestar, y, finalmente, por supuesto, las críticas al crecimiento económico que destruye la base de recursos naturales y los ciclos biológicos imprescindibles para la continuación de ese mismo crecimiento. Pero la única oposición -intrínseca a la cultura occidental- **radical**, sin paliativos, al crecimiento económico, ha sido la del ecologismo nacido a principios de los setentas en EU y el norte de Europa. Ecologismo "puro" que, ahora como *corriente*, pervive dentro del multitudinario movimiento ambientalista, del cual fue origen y en el que sigue teniendo cobijo, pero dentro del que es ya casi insignificante aunque continúe desasosegando a algunos políticos y llame particularmente la atención a cronistas y estudiosos debido a su carácter díscolo y aguerrido, semejante a lo que sucedía con grupúsculos de ultraizquierda en los tiempos del gigantismo del movimiento obrero. Oposición ecologista que no es debida a ciertas modalidades espúreas del crecimiento económico o a que éste no esté insertado en una política económica más global y ambiciosa, ni tampoco a que no vaya acompañado de otras políticas sociales. Oposición que tampoco se fundamenta exclusivamente en querer evitar los daños que a la naturaleza infligen las actividades económicas *modernas*. Sino oposición que, además por supuesto de esto último, es motivada por la abominación de los ecologistas a la enajenación humana que en el marco de la producción económica moderna se opera: los individuos se extrañan de sí mismos,

se hacen extraños entre sí y se extrañan de la naturaleza. O sea, más allá que al crecimiento económico, la oposición ecologista es al sistema de producción económica moderna y al modo de civilización que le acompaña -en lo cual, por supuesto, difiere el resto del movimiento ambientalista-. El ecologismo "puro", que toma como modelo de vida social a la comunidad campesina y artesana anterior a la irrupción del capitalismo, de la que aún hoy quedan vestigios o trasuntos débiles, no desarrolla, sin embargo, una argumentación teórica densa al respecto.

### **La base de la obsesión por el crecimiento económico**

Detrás de la generalizada obsesión actual por el crecimiento económico está el hecho de que nuestra cultura se rige, no sólo práctica sino también conceptualmente, por el principio de producción y de productividad, lo cual -dice Baudrillard (3)- tiene sus cimientos en la cesura entre humanidad y naturaleza que el judeo-cristianismo instauró. Cesura que si bien no se expresó inmediatamente como orientación civilizatoria hacia (*y por*) la producción y la productividad sí lo hizo a partir del siglo XVIII, con la eclosión y maduración del pensamiento científico moderno y el nacimiento de la economía política, y con la sustantiva consolidación del capitalismo, habiendo venido madurando, eso sí, desde unos cuatro siglos atrás.

El cristianismo, en efecto, sobre su obvia base judaica, concibe al humano separado del resto de la naturaleza poniendo ésta al servicio de aquél; y a aquél lo concibe signado por el pecado original y condenado a ganarse la salvación eterna y, por cierto, también el sustento. "Tal separación no funda de inmediato una ética del trabajo (de la dominación material, de la producción) sino una ética de la ascesis, el sufrimiento, la mortificación, una ética 'extramundana', según la expresión de Max Weber, de la sublimación. No hay moral productiva, por lo tanto, pero ya

se perfila cierto orden: la salvación se 'gana', es una empresa *individual*. El paso del modo ascético al modo productivo, de la mortificación al trabajo, de la finalidad de la salvación a la finalidad, secularizada, de las necesidades (con la transición puritana de comienzos del capitalismo, en que el trabajo y el cálculo racional tienen aún el carácter de una ascesis -intramundana- y de una perspectiva de salvación), nada cambia en el principio de separación y sublimación, de represión (*refoulement*) y violencia operativa. Salvación o trabajo, desde ahora nos hallamos en el reino del fin y los medios. De las prácticas ascéticas a las prácticas productivas (y de éstas a las prácticas consumistas), hay pues desublimación, pero la desublimación nunca es, como se sabe, sino una metamorfosis de la sublimación represiva. La dimensión ética se seculariza bajo el signo de la dominación material de la naturaleza" (4).

La separación humanidad-naturaleza, así aisladamente, pues, no da como consecuencia la orientación tiránica hacia y por la producción y la productividad, pero ya deja al ser humano amarrado al sufrimiento como vía de redención, y al trabajo. Será después, como atrás se mencionó, en el marco del desarrollo tanto de la ciencia moderna como de las relaciones económicas capitalistas y de las ciudades, que el ser humano, sobre la base de aquellas añejas premisas, acentúe su separación de la naturaleza: conociéndola cada vez más como un objeto (separada abismalmente del sujeto conocedor) y, con el apoyo de ese conocimiento, explotándola ya no para el disfrute directo de sí como persona y de la comunidad a la que él pertenece, sino para satisfacer las demandas del creciente mercado. Esta creciente objetivación científica y económica de la naturaleza retroalimenta el desarrollo de las ciencias y de las relaciones económicas capitalistas, y acrece la importancia de las ciudades que, de por sí, constituyen una valla entre el humano y la naturaleza; son un

hervidero de ciencia, de producción y mercadeo de mercancías y, entonces, de competencia económica (5).

La relación ser humano-naturaleza ha dejado entonces de ser ya una relación de reciprocidad, ya no la caracteriza el intercambio simbólico, o de significaciones, con la naturaleza (ejemplificado esto en los ritos en torno a las cosechas); la relación ha quedado despojada de cualquier intimidad y es cada vez más asimétrica. Similarmente ha acontecido en el ámbito de las relaciones entre humanos: el intercambio simbólico a través de objetos que, por cierto, todavía el artesano actual débilmente practica con los consumidores de sus productos, va quedando arrasado por la relación estrictamente comercial y anónima, por el intercambio de *valores* generados por el trabajo para el mercado. La ciencia y el mercado, pues, terminan de despojar de afecto, de libido, las relaciones con la naturaleza y las relaciones entre humanos. O, dicho de otro modo, la única libido que queda engrasando las nuevas relaciones es la que se pone en el cálculo económico: hay un desplazamiento de la libido.

La contribución fundamental del cristianismo en cuanto a poner a la cultura occidental en la ruta de la orientación productivista la reveló también Nietzsche, indirectamente y hace más de un siglo, al explicar cómo esa religión, determinada por el judaísmo, convierte a la naturaleza en una *apestada*, cómo separa brutalmente a la humanidad de lo natural: "Desde que se inventó el concepto *Naturaleza* en oposición al concepto *Dios*, *natural* se hizo sinónimo de *despreciable* y todo ese mundo de puras ficciones tiene su base en el odio contra lo natural, contra la realidad..." (6) "Cuando se destierra del mundo la causalidad natural por medio de la recompensa y el castigo, hace falta una causalidad contra naturaleza, que trae consigo todo lo que es contrario a la Naturaleza: un Dios que exige, en vez de un Dios consejero que sea la expresión de toda la

inspiración feliz del valor y de la confianza en sí mismo.” (7) “Cuando el centro de gravedad de la vida no se coloca en la vida, sino en el *más allá*, en la nada, se arrebatada a la vida su centro de gravedad. La gran mentira de la inmortalidad personal, despoja de toda razón y toda naturalidad al instinto.” (8).

Efectivamente, a lo que conduce el concebir al humano en oposición a la naturaleza, estigmatizando lo natural y vaciando de naturaleza la vida humana, y además planteando que la verdadera vida está mucho más allá de la naturaleza y que hay que conquistarla a través de un comportamiento ajustado a una moral al servicio de un Dios muy ajeno al ser humano y a la naturaleza (no como los antiguos dioses paganos), a lo que conduce eso es a una vida humana orientada no hacia sí misma, ni mucho menos hacia la armonía con la naturaleza, sino hacia la conquista de algo externo, algo que hay que *producir*, que no está presente *naturalmente* -lo *naturalmente* presente es despreciable y merece ser expiado-. Algo que hay que *producir* mediante un esfuerzo especial, *no natural*, un esfuerzo que es el que conecta al humano con lo extranatural, con la salvación. Mientras que, por el contrario, la reciprocidad, el intercambio simbólico (con la naturaleza no humana y con los humanos), es, por definición, *no productivo*. O sea, en su ejercicio no se *produce* ni hay *finalidad*. El intercambio simbólico se consume en sí mismo, no es una inversión sino sólo un gasto. Existe y es mantenido sin que haya un *para algo*, sin ninguna instrumentalización del mismo, por sí mismo. No es fin ni medio. Es como el lenguaje, que se practica (se habla) sin que nadie lo produzca: éste es una reciprocidad, un intercambio, que si bien se transforma continuamente no es con un fin ni su transformación se debe a ningún *productor* ni a ningún *trabajo*, se transforma a través de su mero ejercicio, del cual los sujetos humanos están *sujetos*, del cual son soportes y no autores.

La economía política -sostiene centralmente Baudrillard- es la que impone, actualmente, la manera imperante de ver la naturaleza: como *objeto* que hay que transformar mediante el trabajo, como conjunto de fuerzas que hay que dominar; y de ver también al ser humano: como fuerza productiva (como *valor*); y, además, de ver la relación entre ambos: como una relación espontánea y naturalmente económica a causa de la supuesta *esencia* de ambas entidades. El principio de producción postulado por la economía política es lo que desde la perspectiva de la sociedad actual define el sentido del ser humano y de la naturaleza en la Tierra; todo otro sentido resulta accesorio, subordinado, secundario o artificioso. Pero aplicar tal visión a las sociedades primitivas, e incluso a las antiguas y -aunque menormente- a las feudales, es empeñarse en ignorar su especificidad, es violentarlas para acomodarlas a un esquema explicativo, propio del capitalismo, apto sólo para explicar la estructuración social capitalista. Extender el principio de producción a otras sociedades es un abuso y una falsificación del pasado humano.

Si la estructuración de las comunidades primitivas y la estructuración de ellas con la naturaleza (que es un solo proceso), es tan fluida como lo defiende Baudrillard, entonces esa estructuración, además de homóloga a la del lenguaje (en el que se habla y habla sin que haya productores ni trabajo, ni medios ni finalidades, sólo reciprocidad, intercambio), es homóloga o comparable con la existente en los ecosistemas, donde la fluidez de los intercambios entre las distintas “partes” ecosistémicas vuelve impertinente hablar de los intercambios de las partes *con* el ecosistema y lo apropiado es hablar de intercambios *en* el ecosistema, intercambios que constituyen el ecosistema. Intercambios que se dan en un proceso continuo, cuya rotunda circularidad es testimoniada por el hecho de que cualquier interrupción altera la totalidad; proceso en el que sólo por necedad y violencia analítica se

distinguen las funciones de producción y de consumo; proceso en el que si por obsesividad se quisiera hablar de una producción -como en efecto se hace, trasladando acríticamente a ese ámbito conceptos de la economía política y de la ciencia mecanicista- sería de una producción, como sostiene Baudrillard, dada por añadidura. Esos intercambios no son ni se basan en ninguna producción ni los articula finalidad alguna -como la supuesta finalidad de satisfacer una necesidad o anular una escasez: porque allí no hay ni escasez ni necesidad, ni utilidad ni trabajo, éstos son conceptos exportados por el sistema de la economía política, provenientes de su racionalidad, y sí son atinados, ciertamente, para el análisis de la economía capitalista-. Los intercambios ocurren obedeciendo a las regularidades del mismo intercambio, regularidades que carecen de un más allá que las determine ni al que tiendan. Lo relevante del intercambio es él mismo, la comunicación en que consiste y que se recrea a sí misma, operación ésta que no efectúan los individuos, los cuales son sólo soportes. Similarmente a lo que acontece en el ecosistema, pues, la naturaleza y la sociedad primitiva viven una misma vida, entre ellas hay una relación circular. En los tiempos prehistóricos la naturaleza no está objetivada por ni subordinada al ser humano y no se puede "distinguir producción y consumo como dos funciones separadas", lo cual sigue dándose en los tiempos antiguos, e incluso después, hasta el advenimiento del capitalismo, pero debilitándose crecientemente: en el intercambio artesanal y campesino, donde los bienes poseen una finalidad de uso y un valor -dice Baudrillard (9)-, ya va siendo distinguible la producción del consumo, pero sin la radicalidad con que se observa en la economía de mercado. En ésta, en suma, el intercambio simbólico, la reciprocidad entre humanos y con la naturaleza, queda en total subordinación de la producción y la productividad, entendiendo ésta última como eficiencia en el logro de finalidades, en

### **el desempeño de un trabajo orientado a la producción de un producto-valor cotizante en el mercado.**

La desaparición de toda conformidad con la naturaleza -que sólo es reivindicada significativamente de nuevo en la historia moderna por el movimiento ecologista- y el imperio del principio de producción, que marca la orientación de nuestra sociedad, hacen que el crecimiento económico sea, pues, una obsesión cultural. Vivimos el crecimiento como la expresión de nuestro ser productivo, en él nos superamos a nosotros mismos, con él nos redimimos. El crecimiento de los capitales y del consumo son los indicadores sensibles -conectados con la sensibilidad hedonista de los individuos contemporáneos- que, paradójicamente, permiten conectar con aquel más allá de la naturaleza, aquel más allá superior incluso a lo humano, que es la salvación eterna, la cual o se gana -contra la naturaleza- o no se tiene. Y mientras obstinadamente nos sigamos viendo, concibiendo y valorando -según la frase de Baudrillard- en el *espejo de la producción*, no podremos postergar el crecimiento económico en aras de ninguna otra cosa. Y si no lo postergamos -como en general, aparte de los ecologistas "puros", nadie lo quiere hacer- mal podremos reivindicar el hacer sacrificios en cuanto a eficiencia económica en aras de otros valores sociales, porque ella, la eficiencia -la productividad, pues- es la tensión interna de la producción, su corazón, con cuya ausencia se filtraría el caos en la producción.

#### **Referencias**

1. Cf.: MORA, E. "Contradicciones, fuerza y mito del desarrollo sostenible", *Ambien-tico*, N° 37, febrero 1996.
2. Cf.: MORA, E. "Eclipse del Estado y eclosión del ambientalismo", *Ambien-tico*, N° 39, abril 1996.
3. BAUDRILLARD, J. 1983 (1ª ed. -en francés-: 1973). *El espejo de la producción*. Gedisa, México.
4. *Ibid.*, pp. 65-66.
5. "Se ha sugerido que acaso la actitud del hombre moderno ante la naturaleza sea radicalmente distinta

de la actitud de épocas anteriores, tanto, que tenga por consecuencia una completa transformación de todas las relaciones con la Naturaleza, por ejemplo de la relación del artista (...) dicha actitud es determinada en considerable medida por la ciencia natural y la técnica modernas". HEISENBERG, WERNER. 1985 (1ª ed. -en alemán-: 1955). *La imagen de la Naturaleza en la física actual.*

- Ediciones Orbis, Barcelona. pg. 7.  
 6. NIETZSCHE, F. 1991. *El anticristo*. Editores mexicanos unidos, México, pg. 30.  
 7. Ibid., pg. 47.  
 8. Ibid., pg. 77.  
 9. BAUDRILLARD, pg. 104.

Escuela de Ciencias Ambientales  
 celebra el **Día Mundial del Ambiente**

con **3 mesas redondas**

sobre: **(1) Ley Forestal,**  
**(2) disposición de desechos sólidos y**  
**(3) descentralización de la gestión ambiental.**

Participantes:

Sigifredo Guevara, *Excoord. Plan Nacional de Manejo de Desechos Sólidos;*  
 Húber Méndez, *Contralor Ambiental;*  
 Rosendo Pujol, *Premio Nacional de Ciencia y Tecnología 1995;*  
 Fredy Vargas, *Dirigente de AECO-AT;*  
 Fabián Volio, *Subprocurador de la República;*  
 Cámara Costarricense Forestal;  
 Federación Costarricense para la Conservación de la Naturaleza;  
 y otros.

**(Días 3, 5 y 10 de junio, 5 p.m.; Biblioteca de la UNA)**